

Loeza, que fué á substituir á Varela, desenvolvió el estandarte del cuerpo del poeta y con él estuvo hasta que Porfirio decidió cesar en la persecución... No crean, cuando Porfirio vió la bandera llena de sangre y acribillada de balas, lloró, lloró como un niño por esos valientes...

El oaxaqueño era bien hablado y tenía gracia para relatar; de seguro habría seguido contando proezas por toda la noche, si un toque de clarín no hubiera suspendido á todos, helado la sangre á muchos y causado miedo á algunos. Involuntariamente, volvió la cabeza Miguel para mirar á Chardon, y le vió pálido y con los ojos fijos.

— Es... Una trompeta francesa... Suenan... La marcha del regimiento de infantería de marina.

Otro toque puso más sobre aviso á todo el mundo.

— La marcha de división, dijo el oficial francés en voz baja.

Cesaron las conversaciones, la hoguera languideció, y cuando al cabo de un gran rato se convencieron de que no había un ataque en perspectiva, todo el mundo se retiró á descansar, exceptuando los que tenían señalado servicio.



## CAPITULO V

### La crisis

**A**l amanecer entregó Miguel al prisionero en la Comandancia, y á las siete, ya bien alto el sol, llegó á su casa deseoso de tomar un refrigerio y de dar al cuerpo descanso algo más formal que el que le había concedido en las noches pasadas. Eugenia estaba en la puerta, y se adelantó buen trecho á recibirle tan pronto como le distinguió.

— ¡Oh, qué angustia!... Sin saber de ti una palabra... ¿Vienes sin novedad?

— Ni un raspón.

— Eso es lo que importa... ¡Bendito sea Dios; bendito sea! — Y se le llenaron de lágrimas los ojos azules, mientras besaba al militarillo, que también sentía le bajaba á los ojos el humor de las lágrimas. — ¿Y por qué vienes á pie, mal caballero? ¿Qué pasó con el *Chinaco*?





en el suelo... ¡Lástima de los cien duros de papá!

— No te afijas, repuso alegre la muchacha; él está aquí; le trajo Romualdo, que fué quien nos dijo que

— Hija, dijo risueño Miguel; un compadre de papá diyide á los que montan en jinetes, jinetaños, saltacurripis y tontonarios: de éstos soy... El caballo sabía de pelear más que yo: oía unos tiros y se daba unas salidas que me dejaba frío; veía correr á los demás caballos é intentaba lanzarse tras ellos... A la hora que Álvarez ordenó la carga, se adelantó el primero, y cuando un argelino me tiró un tajo, el maldito *Chinacate* hurtó entonces el cuerpo y me salvó la vida, pero me dejó

estabas vivo y que te habías portado como un caballero... Nada falta; ni montura, ni poncho, ni pistolas; todo está.

— ¡Romualdo! Vaya una gracia; no le volví á ver desde la mañana...

— En cambio, dice él que no te perdió de vista...

— ¿Se puede? ¿Se permite entrar á un mocho? carraspeó la voz del casullero de la Santa Iglesia Catedral.

— Adelante, don Bernabé, adelante: sí se permite entrar á los mochos á condición de que confiesen que se equivocaron como unos infelices, respondió Miguel, que se sentía con vena de guasita y diversión.

— Amigo, explicó Sedeño sin inmutarse, pero con el párpado más caído que nunca; amigo, ¿quién responde de los obstáculos imprevistos? El señor Márquez tenía que venir con diez mil hombres de caballería; dos mil eran los que tenía que aportar el señor Gálvez y quinientos ó más habían de traer Butrón y otros jefes... Mandan á O'Horan á batir á don Leonardo; el general tiene naturalmente que detenerse, y en cuanto á Gálvez y á los otros, no se consiguió que llegaran... La soberbia, amigo, es malísima consejera; los franceses creyeron que no necesitaban de los mochos, ¡y ya ve usted qué descabro!... Pero cuente usted, hombre, cuente usted, que no se me cuece el pan por saber cuánto pasó... Tengo pegado aquí un dolorcito de clavo que no se me aparta; pero



empiece á referir, que le oigo con toda atención... A ver si así se me aminora esta maldita jaqueca.

Iba á empezar Miguel á referir, cuando hicieron irrupción las Sedeñas y las Vacas que iban á informarse de si el militar había vuelto y cómo había llegado.

Ante aquel auditorio selectísimo, el subteniente empezó á contar lo que había visto, que casi era nada, no sin mezclar á veces comentarios y avisos de su cosecha.

Mentiría quien dijera que Sedeño había oído la narración sin pestañear: casi no hizo otra cosa que menear los párpados y limpiarse con un pañuelo blanco los ojos lacrimosos ribeteados de escarlata. Las muchachas sí escucharon sin moverse el cuento de Miguel, y cuando hubo concluído, la mayor de las Vacas ingenuamente celebró el caso.

— Yo me alegro y me retealegro de lo que ha pasado. Eso de que los mexicanos hayan vencido á los franceses, francamente me parece muy bien, y si los vencedores son herejes y descreídos y malas cabezas, allá ellos y peor para los conservadores.

— ¡Jesús, Rebe! observó don Bernabé... Usted es capaz de hacer lo que esas liberales de las Falcones, las Arriojas, doña Rosario Rivera y doña Juana Araoz, que se fueron á asistir y á curar heridos... Pues ¿no vieron á una de las Arriojas andar por las calles llevando hilas, trayendo ungüentos, auxiliando moribundos y haciendo otras mu-

chísimas cosas impropias de su sexo... y eso cuando tronaba el cañón, las puertas estaban cerradas y las calles llenas de muertos, de soldados y de soldaderas?

— ¡Ay, qué linda! dijo Eufrasia Sedeño; si yo lo hubiera sabido, allá me voy con ella.

— Sí, irte, muy bien; muy propio de una niña recogida y bien educada andar entre la soldadesca, expuesta á que le falten y le cometan un ultraje... Los hombres, en cambio, fueron pocos; pero los hubo que se metieron en la refulfia sólo por el afán de hacer monerías... Que se hu-



D. ANTONIO ROJAS BUENO

quiera presentado ante las trincheras una media docena de argelinos, y esos defensores de la patria habrían huído como liebres.

— ¡Oh, no, don Bernabé; de menos nos hizo Dios! interrumpió Miguel.

— Pero los que me causan risa son los de la compañía



de verso de Antonio Rojas Bueno... ¿pues no han ido los malditos representantes á pedir fusiles para batirse, y las mujeres á solicitar lugar en los hospitales de sangre para curar heridos? Se figurarán estos pobres que las balas de los franceses son de mentirijillas, como las que ellos hacen con la tambora y una poca de pez, y que los fusiles no disparan, sino que están cargados con sal como los que usan en las tablas... En cambio, de la buena sociedad poblana no hay queja: alejamiento absoluto de la demagogia, respeto á las desgracias del gran ejército francés y seguridad de que no tardará en venir el reinado del orden.

Dejaron las visitas que Miguel descansara un poco, y cuando ya estaba recogido oyó al melifluo Tirso Rafael Córdova, que con voz de sermón decía desde la estancia vecina:

— «¿Cómo fué que aquel triple ejército á quien las naciones más poderosas de la tierra encomendaron nuestra suerte, dejó de llevar á cabo un plan sabiamente dirigido hasta entonces? ¿Por qué sucedió esta desgracia que todos lamentamos y que á vista de todos acaeció al terminar el año de 1861?... ¿Y qué hace entonces el magnánimo Napoleón III, encargado por la Providencia de poner término á nuestros males, con su poderosa protección? ¿Qué hace el ilustre Emperador al verse abandonado de sus aliados en una empresa de la cual se hallaban en

expectación los pueblos del viejo mundo y del nuevo continente? ¿Retrocederá también dándose por satisfecho con las vanas promesas y sofísticas razones del Gobierno, cuyos escándalos se pactó destruir en la convención de Londres?

»Habíanse reembarcado ya ingleses y españoles; los demagogos de México se mostraban ufanos, incensando al diplomático Doblado; mas la Francia no había retirado su pequeño ejército y con él se presentó el caudillo Lorencez delante de los muros de Puebla para hacer la gloria exclusivamente suya.

»Ayer, cuando aquel puñado de valientes asaltó la fortaleza de Guadalupe, recientemente construída por el ejército liberal, quedaron frustradas las miras del general francés... Contra las esperanzas de todos los mexicanos honrados y oprimidos por una facción asoladora, no se ve flamear en Puebla la bandera de la Francia, la precursora de la civilización, enviada á México para proteger la causa del orden y la humanidad.»

Miguel sentía un tremendo dolor de cabeza. Parecíale como si se la rajaran con sierras muy sutiles, rompiendo la piel, entrando hasta los huesos, separando luego el casquete, como había visto que hacen en las cátedras de anatomía, y arrancándole de golpe el cerebro para destrozárselo luego circunvolución por circunvolución y lóbulo por lóbulo.



A las cuatro de la tarde despertó molido del cuerpo, como si hubiera andado á pie muchas leguas. Rehusóse á comer, y se contentó con un vaso de agua fría.

— ¡Pero si estás ardiendo en calentura, hijito! exclamó Eugenia.

— Ante todo, siento carne de gallina; parece que me han peinado á redropelo y que han pasado sobre mí docenas de carros de transporte... Y luego, la cabeza; creo que se me va á romper y que la sesera se esparcirá por el viento...

— No seas quejumbroso; voy á preguntar qué debo hacerte, y vuelvo luego.

No tardó en llegar, agitando no sé qué bebida con una cuchara de plata, y seguida de Sedeño.

— Era claro, amigo; si se llevó usted ayer una asoleada y una mojadura que no podían ser más grandes, y ahora tiene los *anteojos de Zaragoza*.

— ¿Y qué es eso? preguntó Eugenia con asombro.

— Es que aquí acostumbramos llamar á estas *andancias* con el nombre de alguna cosa que está de moda; y por eso un señor canónigo que es muy salado en sus dichos, viendo que la mayoría de sus colegas, y aun de los músicos, sacristanes, monacillos y demás gente de iglesia cogía este malecito, le ha llamado los *anteojos de Zaragoza*.

— ¿Y no será el tifo? dijo preocupada la mujer.

— No; ¡qué tifo ha de ser! no es el tiempo; el tifo en el invierno.

— Ahora, un sudorífico, cocimiento de flor de saúco, borraja y amapolas en partes iguales; una untada de sebo



con ajo y mostaza de la rodilla á los pies; unos buenos *papachos*; una regular cantidad de zarapes, y se le corta la calentura... Se acuerdan de mí.

Miguel pasó la noche en medio de una horrible agitación. Veía al negro que estuvo á punto de escabecharle, llegar contra él armado de un tremendo chafarote que le introducía por la cabeza, partiéndole hasta el estómago,



donde le revolvía el arma hasta sacarla envuelta en tripas... Pero el muerto no era Miguel, sino su maestro de anatomía, que se estaba quieto en la mesa de mármol de la clase, para que los alumnos estudiaran en sus entrañas no sé qué primores que era menester dejar muy claros... Luego, en una calzada con árboles á la orilla, estaban congregados el enfermo, su hermano Francisco y muchos estudiantes y empleados de la Tesorería... Pancho se arrojaba al agua clara y limpia, mientras Miguel experimentaba un gran escalofrío que le corría por todo el cuerpo... Por fin, saltaba al estanque y sentía que la frescura le devolvía la vida... Cabalmente daba manotadas y hacía fuerza con los pies, cuando le despertó Eugenia que dormía en un colchón cerca de la cama.

— No te destapes, hijo; te va á hacer daño.

— ¿Y Pancho? ¿Por qué anda ahora con uniforme de capitán?

— No sé, no está aquí Pancho; duérmete, que has estado delirando toda la noche.

Tomó Miguel el jarro de agua colocado á la cabecera de la cama, y bebió el contenido con avidez. A poco se quedó dormido.

Don Bernabé volvió á las doce, frotándose las manos.

— ¿Cómo sigue? ¿A que ya pasó la calentura?

— No, don Bernabé; está enteramente *rundido*.

— Pues en el momento unos baños de pies, un *pedi-*

*ludio*, como dicen los médicos... Traíganme bastante mostaza, ceniza y agua hirviendo... Verán si se burla de mí esta calenturita... Vino abajo San Bernardo, cuantimás este jacal.

Miguel recibió el baño dirigiendo la mirada á todas partes, castañeteando los dientes y respondiendo concertadamente á las bromas de don Bernabé.

— ¿Qué tal Zaragocilla, eh? Acaba de escribir al mamarracho de Juárez diciéndole que Puebla es una madriguera de bandidos y que saldría de perilla quemarla... ¡Qué sencillez! ¿verdad? Quemar á Puebla, la segunda capital de la República, conforme confiesan propios y extraños — aunque yo sostengo que es la primera porque excede á México en muchas cosas, casi en todo. — Ya se lo dirían de misas á su jefe de usted, ya tendría para divertirse.

— Confiese usted que lo merecía la Angélica: se ha portado con nosotros como quien es...

— Su ardor consiste en que de aquí no ha sacado ni medio. Llegó la división de Antillón...

— Mi cuerpo, el segundo de Guanajuato, debe de haber llegado... Infórmese si llegó, amigo Sedeño.

— ¿Y usted, qué pitos tiene que tocar con los soldados?... Cúrese, levántese de ese calenturón que parece que lo va á consumir como si fuera una velita de átlaco, coma bien unos cuantos días y luego se mar-



cha á lucir la personita entre los oficialillos de su regimiento... Al fin la suspensión de pagas no debe afligirle: dizque Zaragoza tiene pedidos treinta mil pesos para socorrer á su gente y acabar con los franceses; pero el don Benó nada ha podido mandarle, ni siquiera ha podido conseguir tres mil pesos que importa un día de socorro... Dígame, don Miguel, ¿por qué le llaman Patricio á Juárez? ¿Ya determinaron mudarle de nombre para que no lleve el que le pusieron en el santo bautismo, ó él se lo cambió como hacen los papas?

— No entiendo.

— Pues yo menos... Hoy apareció un papel que empieza diciendo. ¡Loor eterno al caudillo Zaragoza! — ¡Gloria al insigne patricio Juárez! — ¡Perpetuo agradecimiento á los generales Negrete, Díaz, Berriozábal y á todo el heroico ejército de Oriente!... No puede ser más claro: Patricio Juárez.

Rió Miguel del equivoquillo, y ya más confortado se metió en las sábanas á beber una tacita de caldo de pollo que había concedido don Bernabé. Estuvo hablando tranquilo y sereno, recordó algunos lances del delirio y acabó por pedir licencia para echar una siestecita... Bailaba de contento la pobre Eugenia, que se había refugiado en la habitación vecina; pero el gozo se le fué al pozo por la tarde, cuando entró al cuarto creyendo que Miguel había dormido bien. El recargo era tremendo, y el pobre mu-

chacho deliraba en medio de gestos y actitudes tremebundos.

— Están incendiando á Puebla, está ardiendo todo; ¿no ves cómo nos cercan las llamas y cómo amenazan quemarnos?... Mi caballo, mi caballo... Romualdo, ensilla al *Chinacate*, que tengo que salir en medio de este gentío y de esta horrible quemazón... Güera, lee en voz alta cualquiera cosa... ¿*Han de Islandia*?... Bien, *Han de Islandia*... ¿Sabes que con el dinero que esa novela le produjo á Víctor Hugo, le compró un chal de Cachemira á su mujer?... También yo te he de comprar un chal muy bello, aunque no tanto como los que traerá tu madre, la insigne Josefina Ubiarco, después de hacer randibú á Morny y á Napoleón III... ¿Qué chiste tiene tu nobilísima mamá!... «Usted, señor, ignora de seguro que su familia disfruta un mayorazgo, conforme á la institución del cual los favorecidos han de llamarse Prieto de Bonilla...» Berriozábal traía una gorra de piel de nutria, y Negrete dijo á los suyos á la hora de empezar el ataque: «¡Ahora nosotros, compañeros, en nombre de la patria!...» Otros cuentan que no dijo más que «¡Al gran poder de Dios!...» Negrete no sabe quién fué Napoleón el grande...

Descansó un momento, y luego volvió á delirar con más fuga que antes. Mezclaba en sus imaginaciones á las gentes del ejército y á las extrañas á Zaragoza y á Díaz, á sus compañeros de oficina y á sus compañeros de ejér-